

- El dog. – ¡Cómo!... *hace un día a todas luces luminoso.*
- El rel. – *Sí, pero aquellas nubecillas del oeste podrían indicar una cierta posibilidad de lluvia.*
- El dog. – *Nada, hombre. Hoy no lloverá.*
- El rel. – *¿Por qué?*
- El dog. – *Es evidente.*
- El rel. – *Lo único que es evidente es que el día está bastante despejado y que esto, sin embargo, no es obstáculo para admitir la posibilidad teórica de la lluvia.*
- El dog. – *Déjese de pamplinas. Hoy no lloverá como me llamo Pérez y soy hijo de mi padre.*
- El rel. – *Ah, amigo mío, acostúmbrese a dudar de las apariencias.*
- El dog. – *¿...?*
- El rel. – *Sí; tomemos, pongo por caso, el mismo ejemplo que usted utiliza. En pura lógica cabría la posibilidad de admitir que usted no fuese hijo de...*
- El dog. – *¡Qué!* (aplica un tremendo bofetón a su interlocutor y sale).
- El rel. (en el suelo y cogitabundo) – *Este bruto cuando cree llegada la hora de la acción me toma siempre la delantera. (Pausa. Después con comprensiva conmiseración) ¡Bah! Alguna ventajilla había de tener...*

Telón

* * *

El poeta es un ser ávido de la comprensión de los demás. Los poetas que tiempo atrás se cortaron las alas renunciando a la atención de la mayoría, buscaron en seguida una compensación, exigiendo a los escogidos que les seguían una atención casi religiosa. Esta necesidad que el poeta tiene de los oídos ajenos es connatural a la poesía, la cual no se realiza en el oído del poeta sino en el del prójimo. Es éste quien, por así decirlo, da carta de existencia a la poesía. De ahí que el poeta sea siempre un menesteroso de atención y por mucha que creáis prestarle él nunca la considerará sufi-

ciente. La exageración, a veces patológica, de tal característica fundamental es lo que produce el tipo que podríamos llamar el «poeta de presa». El «poeta de presa» tiene un especial olfato para adivinar al posible oyente. Una vez que se lo propone como tal oyente, comienza a revolotear alrededor de él, graznando –para disimular– de modo amistoso. Tan pronto como su interlocutor se confía y deja un flanco descubierto, el «poeta de presa» se lanza sobre él y empieza a arrojarle, con garfios de abordaje, un poema y otro. Después, cuando la víctima está suficientemente inmovilizada, el «poeta de presa» corona su faena con una exposición de sus propias teorías sobre la poesía. Al final, el sujeto paciente de esta operación puede hacer dos cosas: si es una persona ingenua, tratará de digerir, con la mejor voluntad, todo lo oído, en una horrenda e imposible digestión de boa; si es una persona experimentada, provocará el vómito, a la usanza de los antiguos romanos, y se irá viento en fresco.

* * *

La poesía ha experimentado en los últimos tiempos un notable proceso de socialización, lo mismo que otras actividades fundamentales del hombre de nuestro tiempo. Seguramente tal hecho es beneficioso. Pero de ahí a los extremos de la poesía panfletaria y de partido hay mucho trecho. Fuera de España ha progresado un tipo de poeta *muy social*, cuyos ingredientes favoritos han sido los insultos indistintos a Hitler o a Mussolini o a un presidente americano o al Papa de vez en cuando y a los ricos en general, todo ello combinado en el mejor de los casos con ironía, y en el peor, con elocuencia de *mítin*. En España, por razones obvias, los incipientes poetas muy sociales se han quedado sólo con el impulso: «¡Ah!... ¡Oh!... ¡Oh!...», pero, en el fondo, no dicen nada. Ridículo, ¿verdad?

– Sí.

– Pues no crea, aun así tienen su aceptación.

* * *

A un señor que hiciese cuadros imitando perfectamente la manera de Velázquez yo no le llamaría artista, sino más bien

camaleón. Porque, precisamente, lo que hace de Velázquez un artista es el haber creado la manera de pintar de Velázquez, no la del Greco, que ya estaba creada. De donde se deduce que el señor de nuestro ejemplo, que no ha creado nada, no puede ser considerado como artista. Sin embargo, hay en él un cierto mérito: ¿con qué escala medirlo?, ¿dónde colocarlo? Yo creo que el problema se resolvería creando el honesto gremio de camaleones, con escalafón propio.

En poesía sucede algo semejante. Algunos años atrás la impotencia creadora se refugió en la imitación más o menos hábil de antiguas y acreditadas maneras, tales como la de Garcilaso o San Juan o las de algunos poetas barrocos. Naturalmente, esto tenía que ver tanto con el arte como la labor del distinguido señor de nuestra fabulilla. Lo extraño es que un hecho así adquiriese cierto rumbo de movimiento literario.

Más tarde el mimetismo prefirió, de manera dominante, colocarse a la zaga de poetas más recientes, Aleixandre, Neruda, Hernández... A los imitadores abundantes de estos últimos los reconocemos bastante bien y solemos rechazarlos (en nuestro fuero interno al menos, porque hoy apenas se hace crítica pública) como imitadores. Al primer tipo de imitadores aludido lo reconocemos, en cambio, con menos facilidad y con mucha más condescendencia. Para mí ambos tipos son igualmente descalificables como atacados del mismo mal: impotencia, sólo que en distinto grado de pedantería. Tan revelador de semejante impotencia es ponerse *color Aleixandre* bajo el árbol de Aleixandre, como ponerse *color Garcilaso* bajo el árbol de éste. En este último caso, o en otros semejantes, conviene no dejarse engañar por el superficial sabor a nobleza antigua del *pastiche*. Ejercítese, pues, el joven crítico en distinguir el camaleón del poeta hasta eliminar toda posibilidad de error.

* * *

El miedo a los fantasmas no es exclusivo de la infancia. En España muchos intelectuales padecen este temor, es decir, se refugian más o menos conscientemente en él para disfrazar una cobardía ingénita (este hecho afecta de modo grave a la crítica). Dicen,

por ejemplo: «No puedo hacer esto: me perseguirían» (un fantasma) o «Es inútil atacar a fulano: tiene demasiada influencia» (otro fantasma) o «Esto es demasiado fuerte: no me lo publicarían» (más fantasmas), etc. Por favor, señores, valor, valor. Yo no digo que sea propio de la inteligencia no creer en fantasmas (porque, a lo mejor, me paso de listo), pero sí me parece propio de ella el limpio gesto de obrar como si no existiesen.

* * *

Sobre el arduo tema de la libertad tratado desde el siguiente punto de vista: *Nadie tiene más libertad de la que, en el fondo, es capaz de merecer*, se podría organizar una sabrosa discusión. Pero tal vez nos extenderíamos demasiado; será mejor dejarlo para otro día... ©